

Mañana a la misma hora

Jorge Zaldívar Marroquín

MAÑANA A LA MISMA HORA

Jorge Zaldívar Marroquín



Capítulo 1

Eran las cinco y media de la mañana y J estaba durmiendo tranquilamente, los pájaros cantaban y su hermano roncaba como ogro con garganta inflamada. Todo estaba tranquilo hasta que un sonido metálico rompió esa calma, era la alarma, J tenía clases. Él abrió los ojos, apagó la alarma, miró al techo por un largo rato y, finalmente, se quedó dormido otra vez.

J es un chico de diecisiete años, tímido, nunca ha tenido muchos amigos y tampoco ha sido bueno con las chicas, cada vez que está nervioso no dice las cosas directamente y tiene la genial idea de usar metáforas para poder expresarse.

Eran ya las seis de la mañana y J aún no se había levantado. En el cuarto de al lado dormían los padres de J, la Sra. G y el Sr A; para suerte de J, la Sra. G siempre va al baño todos los días a la misma hora y ese día no sería la excepción. La Sra. G salió de su cuarto y pensaba dirigirse al baño, pero primero dio un vistazo al cuarto de J para ver si ya se había ido; para su sorpresa, él aún se encontraba ahí, tumbado en su cama durmiendo como un bebe. La Sra. G lo despertó y él, sorprendido por la hora, salió disparado hacia el baño. Se lavó los dientes, se lavó el rostro, se vistió y salió corriendo hacia la puerta.

Una vez en el paradero, J, mientras observaba el omnipotente cielo de Lima, recordaba su primer día de clases en el colegio y lo difícil que le fue hacer amigos. Ahora era su primer día en la universidad y se preguntaba qué tan difícil le sería hacerlos ahí. Luego de interminables minutos de esperar en el paradero, llegó, por fin, el carro que J tenía que tomar para poder llegar a su destino. Subió por la puerta trasera y se agarró fuertemente del pasamano. El bus iba lleno y eso a J le molestaba demasiado, pues sentía que viajaba como sardina dentro de una lata. Durante todo el viaje, J tuvo que soportar un hedor verdoso que cacheteaba su rostro. El olor provenía de un hombre que cargaba una fornida mochila. "Este tipo es un cerdo", pensó.

Después de haber viajado treinta minutos y de haber soportado aquel olor, había llegado a su destino. J bajó apresuradamente del bus, pues el tiempo corría y no lo esperaba. A medida que se acercaba a su universidad, sentía un cosquilleo incomodo en el estómago que aumentaba con cada paso que daba. Pero pese a ello llegó. Entró, subió las escaleras y buscó el salón donde tenía clases. Cuando lo encontró, este estaba cerrado, vacío, pese a que ya eran quince minutos tarde. Como J fue el primero en llegar, pudo observar a cada uno de sus compañeros con detalle. A J le parecían todos iguales, sin nada en especial, todos menos ella. A lo lejos, en el otro extremo del pasadizo, J pudo ver como se acercaba un ángel. Era hermosa, tan hermosa que

hasta los ciegos podían apreciar su hermosura.

J estuvo durante toda la clase mirándola, preguntándose cómo alguien podía llegar a ser tan bella. Nunca prestó atención a la clase, pues no despegaba los ojos de ella. Quería acercarse, pero su timidez no le permitía. Estuvo reuniendo, durante varios minutos, el valor para poder aproximarse, y justo cuando estuvo a punto de darse por vencido, escuchó unas palabras que le dieron la oportunidad. "Formen grupo de dos" dijo la profesora, y J, sin pensárselo dos veces, fue directo hacia ella.

Durante todo el rato que J pasó junto a ella, se dio cuenta de que era exagerada y contradictoria; a J eso no le importó, estaba cautivado con su belleza. Además, se enteró de que ella no era de su país, sino de Paraguay.

Pasaron los días, poco a poco, la relación de amistad que ellos tenían se hizo más fuerte, pues J era el único amigo que ella tenía en este país. Solían salir con frecuencia a pasar el rato, cómo amigos. Hasta que un día, J decidió dar el siguiente paso con una cita diferente. Se encontraron, comieron helado, caminaron por la playa y miraron juntos el ocaso, y cuando ya estaban a punto de despedirse, él la besó y ella no se apartó, sino que siguió, e hizo que el beso sea un instante eterno. La suave dulzura de sus labios provocó que J experimentara un placer excéntrico. Luego de que sus labios se separaron, ella lo observó y le dijo "nos vemos mañana a la misma hora". Pero ese día nunca llegó, pues al día siguiente, cuando J fue a su casa para buscarla, se dio con la sorpresa de que no estaba, había vuelto a su país, su primo había fallecido. Fue entonces que J aprendió que los besos, los abrazos y las tristes despedidas son parte de una relación. Pero pese a ello, J aún sigue esperando a que ella vuelva, incluso ahora, después de dos años, mientras escribe esto frente a su computadora.